

El baldío

Augusto Roa Bastos

Por un puñado de tierra

Héríb Campos Cervera



Mercosur lee

PARAGUAY

"El Baldío" de Augusto Roa Bastos

"Testamento y mensaje a la juventud del Paraguay" de Augusto Roa Bastos

"Por un puñado de tierra" de Hérib Campos Cervera

en *Poesías completas y otros textos*. El Lector, Asunción, 1996.

Selección: Ministerio de Educación de Paraguay

Imagen de tapa: Georgina Campenni

Diseño de colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: "Mercosur lee"

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2005

EL BALDÍO

AUGUSTO ROA BASTOS

No tenían cara, chorreados, comidos por la oscuridad. Nada más que sus dos siluetas vagamente humanas, los dos cuerpos reabsorbidos en sus sombras. Iguales y sin embargo tan distintos. Inerte el uno, viajando a ras del suelo con la pasividad de la inocencia o de la indiferencia más absoluta.

Encorvado el otro, jadeante por el esfuerzo de arrastrarlo entre la maleza y los desperdicios. Se detenía a ratos a tomar aliento. Luego recomendaba doblando aún más el espinazo sobre su carga. El olor del agua estancada del Riachuelo debía estar en todas partes, ahora más con la fetidez dulzarrona del baldío hediendo a herrumbre, a excrementos de animales, ese olor pastoso por la amenaza de mal tiempo que el hombre manoteaba de tanto en tanto para despegárselo de la cara. Varillitas de vidrio o metal entrechocaban entre los yuyos, aunque de seguro ninguno de los dos oíría ese cantito isócrono, fantasmal. Tampoco el apagado rumor de la ciudad que allí parecía trepidar bajo tierra. Y el que arrastraba, sólo tal vez ese ruido blando y sordo del cuerpo al rebotar sobre el terreno, el siseo de restos de papeles o el opaco golpe de los zapatos contra las latas y cascotes. A veces, el hombro del otro se enganchaba en las matas duras o en alguna piedra. Lo destrababa entonces a tirones, mascullando alguna furiosa interjección o haciendo a cada forcejeo el *ha...* neumático de los estibadores al levantar la carga rebelde al hombreo.

Era evidente que le resultaba cada vez más pesado. No sólo por esa resistencia pasiva que se le empacaba de vez en cuando en los obstáculos. Acaso también por el propio miedo, la repugnancia o el apuro que le iría comiendo las fuerzas, empujándolo a terminar cuanto antes.

Al principio lo arrastró de los brazos. De no estar la noche tan cerrada, se hubieran podido ver los dos pares de manos entrelazadas, negativo de un salvamento al revés. Cuando el cuerpo volvió a engancharse, agarró las dos piernas y empezó a remolcarlo dándole la espalda, muy inclinado hacia adelante, estribando fuerte en los hoyos. La cabeza del otro fue dando tumbos alegres, al parecer encantada del cambio. Los faros de un auto en

una curva desparramaron de pronto una claridad amarilla que llegó en oleadas sobre los montículos de basura, sobre los yuyos, sobre los desniveles del terreno.

El que estiraba se tendió junto al otro. Por un instante, bajo esa pálida pincelada, tuvieron algo de cara, lívida, asustada la una, llena de tierra la otra, mirando hacer impasible. La oscuridad volvió a tragarlas enseguida.

Se levantó y siguió halándolo otro poco, pero ya habían llegado a un sitio donde la maleza era más alta. Lo acomodó como pudo, lo arrojó con basura, ramas secas, cascotes. Parecía de improviso querer protegerlo de ese olor que llenaba el baldío o de la lluvia que no tardaría en caer. Se detuvo, se pasó el brazo por la frente regada de sudor, escarró y escupió con rabia.

Entonces escuchó ese vagido que lo sobresaltó. Subía débil y sofocado del yuyal, como si el otro hubiera comenzado a quejarse con lloro de recién nacido bajo su túmulo de basura.

Iba a huir, pero se contuvo encandilado por el fogonazo de fotografía de un relámpago que arrancó también de la oscuridad el bloque metálico del puente, mostrándole lo poco que había andado. Ladeó la cabeza, vencido. Se arrodilló y acercó husmeando casi ese vagido tenue, estrangulado, insistente. Cerca del montón había un bulto blanquecino. El hombre quedó un largo rato sin saber qué hacer. Se levantó para irse, dio unos pasos tambaleando, pero no pudo avanzar. Ahora el vagido tironeaba de él. Regresó poco a poco, a tientas, jadeante. Volvió a arrodillarse titubeando todavía.

Después tendió la mano. El papel del envoltorio crujió. Entre las hojas del diario se debatía una formita humana. El hombre la tomó en sus brazos. Su gesto fue torpe y desmemoriado, el gesto de alguien que no sabe lo que hace, pero que de todos modos no puede dejar de hacerlo. Se incorporó lentamente, como asqueado de una repentina ternura semejante al más extremo desamparo, y quitándose el saco arrojó con él a la criatura húmeda y lloriqueante.

Cada vez más rápido, corriendo casi, se alejó del yuyal con el vagido y desapareció en la oscuridad.

TESTAMENTO Y MENSAJE A LA JUVENTUD DEL PARAGUAY

AUGUSTO ROA BASTOS

En la ciudad de Toulouse, a los veintisiete días del mes de agosto de mil novecientos noventa y uno, yo Augusto José Antonio Roa Bastos, conocido por mi obra literaria y artística como Augusto Roa Bastos, en pleno uso de mis facultades mentales, de mi libertad íntima y de mi voluntad moral y espiritual, quiero dejar expresadas en este documento ológrafo mis disposiciones testamentarias, rogando desde ya a mi albacea designado en otro lugar y a los ejecutores legales su fiel cumplimiento en todo aquello que no se oponga a la ley natural y a las normas jurídicas en Francia, España y Paraguay, ámbitos legales donde estas disposiciones deben ser cumplidas. (...)

Quinta: Queda asimismo encargada mi compañera Iris Clara Giménez Tasis de mandar incinerar mis restos mortales y de realizar los trámites en unión con mis hermanos a fin de que estas cenizas sean llevadas y depositadas en el sepulcro familiar mandado construir por mi extinto padre junto a los restos de mis progenitores Lucía Bastos y Lucio Roa: este panteón de mis padres que no pudieron tener en vida casa propia, pese a que en su hogar ardió siempre el puro fuego del amor, es el único símbolo que deseo para mi última morada en la tierra.

Sexta: Deseo que no se me rinda ninguna clase de honores ni recordatorios oficiales póstumos, los que desde ya declino por completo. En más de cuarenta años de injusto exilio por el delito de desear un destino más justo y digno para mi país, he recibido el reconocimiento y el afecto de mi pueblo, de su juventud, de su gente sencilla y humilde. Es la mejor honra y

recompensa a que puede aspirar un escritor que dedicó su vida y obra a esta causa. Prefiero estar secretamente en el corazón de mi pueblo que convertido en nombre público de una calle cualquiera.

Séptima: mensaje póstumo a la juventud paraguaya es que continúe aportando su lucha generosa y desinteresada, más allá de los meros intereses político partidistas en una noción global y globalizadora en favor de la grandeza intrínseca de la patria en el contexto de la patria grande americana, de la justicia social para todos sus habitantes, en pro de la preservación de la identidad y dignidad de nuestras poblaciones indígenas. La producción de valores culturales solo adquiere su real sentido en una concepción abierta y universalista.

En esta nueva era del mundo que inaugura un nuevo milenio en medio de enormes riesgos, pero también de posibilidades inéditas, el Paraguay debe dejar de ser, por obra de sus jóvenes de ambos sexos, la "isla rodeada de tierra" que marcó en los paraguayos una mentalidad y una sensibilidad de isleños y restringió su crecimiento y expresión cultural.

Sin negar sus esencias y raíces, la vida, la producción cultural de nuestro país, deben abrirse a la prodigiosa multiplicidad del mundo y penetrar profundamente bajo la piel del destino humano en busca y revelación de sus enigmas y contradicciones, de sus posibilidades y sus límites.

Augusto Roa Bastos

*(Publicado en el diario ABC Color y ABC Color Digital,
el día 27 de Abril de 2005)*

POR UN PUÑADO DE TIERRA

HÉRIB CAMPOS CERVERA

Un puñado de tierra
de tu profunda latitud;
de tu nivel de soledad perenne;
de tu frente de greda
cargada de sollozos germinales.

Un puñado de tierra,
con el cariño simple de sus sales
y su desamparada dulzura de raíces.

Un puñado de tierra que lleve entre sus labios
la sonrisa y la sangre de tus muertos.

Un puñado de tierra
para arrimar a su encendido número
todo el frío que viene del tiempo de morir.

Y algún resto de sombra de tu lenta arboleda
para que me custodie los párpados de sueño.

Quise de ti tu noche de azahares:
quise tu meridiano caliente y forestal;

quise los alimentos minerales que pueblan
los duros litorales de tu cuerpo enterrado,
y quise la madera de tu pecho.

Eso quise de ti.

(Patria de mi alegría y de mi duelo)

eso quise de ti.

II

Ahora estoy de nuevo desnudo.

Desnudo y desolado

sobre un acantilado de recuerdos;

perdido entre recodos de tinieblas.

Desnudo y desolado;

lejos del firme símbolo de tu sangre.

Lejos.

No tengo ya el remoto jazmín de tus estrellas,

ni el asedio nocturno de tus selvas.

Nada: ni tus días de guitarra y cuchillos,

ni la desmemoriada claridad de tu cielo.

Solo como una piedra o como un grito

te nombro y, cuando busco

volver a la estatura de tu nombre,

sé que la piedra es piedra y que el agua del río

huye de tu abrumada cintura y que los pájaros

usan el alto amparo del árbol humillado

como un derrumbadero de su canto y sus alas.

Pero así, caminando, bajo nubes distintas;
sobre los fabricados perfiles de otros pueblos,
de golpe, te recobro.

Por entre soledades invencibles,
o por ciegos caminos de música y trigales,
descubro que te extiendes largamente a mi lado,
con tu martirizada corona y con tu limpio
recuerdo de guáranlas y naranjos.

Estás en mí: caminas con mis pasos,
hablas por mi garganta; te yergues en mi cal
y mueres, cuando muero, cada noche.

Estás en mí con todas tus banderas;
con tus honestas manos labradoras
y tu pequeña luna irremediable.

Inevitablemente
—con la puntual constancia de las constelaciones—,
vienen a mí, presentes y telúricas:
tu cabellera torrencial de lluvias;
tu nostalgia marítima y tu inmensa
pesadumbre de llanuras sedientas.

Me habitas y te habito:
sumergido en tus llagas,
yo vigilo tu frente que muriendo, amanece.
Estoy en paz contigo;
ni los cuervos ni el odio
me pueden cercenar de tu cintura:
yo sé que estoy llevando tu raíz y tu suma
sobre la cordillera de mis hombros.

Un puñado de tierra:
Eso quise de ti
y eso tengo de ti.

AUGUSTO ROA BASTOS

Nació en el año 1917 en Asunción (Paraguay). Es uno de los grandes narradores latinoamericanos contemporáneos. Fue enfermero voluntario durante la etapa final de la guerra del Chaco contra Bolivia, poniéndose al lado de las clases oprimidas de su país. En 1947 debió exiliarse en Buenos Aires donde sobrevivió con trabajos muy diversos y dio a conocer buena parte de su obra. La dictadura en 1976 lo obligó a abandonar la Argentina. En Francia enseñó literatura y guaraní. En 1987, tras un breve viaje a su país, fue privado de la ciudadanía paraguaya, y se le concedió la española en 1983.

Algunas de sus obras más notables: *El trueno entre las hojas*, *Hijo de hombre*, *Yo el Supremo*, *Los pies sobre el agua*, etc.

Es merecedor de prestigiosos premios y condecoraciones, se destacan; el "Concurso Internacional de Novelas Editorial Losada" (1959), "Premios de las Letras Memorial de América Latina" (1988), "Premio Cervantes" (1989).

Falleció en su ciudad natal, el 26 de abril de 2005, a los 87 años de edad.

HÉRIB CAMPOS CERVERA

Nació el 30 de marzo de 1905 en Asunción. Una infancia lejos de sus padres, y una adolescencia y juventud poco afortunadas dejaron huellas indelebles en su vida, lo cual se refleja posteriormente en su poesía. En 1931 el poeta sufre su primer exilio, iniciando así una existencia signada por el destierro y la persecución política debido a su irreductible posición de lucha contra los déspotas y opresores de su pueblo. El dolor de la patria ausente constituirá la tónica de su inspiración, que se sintetiza en *Un Puñado de Tierra*.

Es una de las voces cardinales de la poesía paraguaya moderna. Fue al mismo tiempo un artista consciente de la forma y el poder de las palabras, y él mismo definió las dos vertientes en que ha encauzado su verso: la poesía "de la máscara" (intimista y personal) y la poesía de la "proximidad o de grito" (social o de servicio). La muerte lo sorprendió en su exilio en Buenos Aires, el 28 de agosto de 1953.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA



Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

